

Entre julio y octubre de 1998, el mundo comenzó a vivir una transformación significativa. Las señales de perturbación financiera internacional, derivadas inicialmente de la crisis bursátil asiática, se agravaron y se convirtieron en presagio de una posible recesión económica mundial de incalculable gravedad. Por ello, el paradigma globalizador-neoliberal se vio seriamente cuestionado y sus voceros en algunos casos adoptaron un lenguaje nuevo.

En esta situación internacional de indudable dramatismo, existió una preocupante crisis de liderazgo. El gobernante de la primera potencia política y económica del mundo fue prácticamente neutralizado a través de una miserable campaña de ataques mezquinos y obscenos llevada a cabo por sus enemigos derechistas. También en otras regiones y países se nota una falta de dirección clara y enérgica.

América Latina quedó afectada por las turbulencias financieras internacionales, y además vivió algunas situaciones de pugna política o de competencia electoral.

Europa Occidental fue la región que dio mayores indicaciones de relativa estabilidad y de espíritu renovador acorde con los tiempos. Pero la porción oriental del Viejo Continente se hundió en crisis graves: socioeconómica en Rusia y de violencia armada en las zonas tribales del Sureste europeo.

El islamismo integrista, dividido internamente en diversos bandos hostiles (a menos que una operación occidental antiterrorista provoque su unidad temporal) se manifestó agresivamente. También ocurrieron conflictos, parcialmente influidos por intereses externos, en el continente africano.

El modelo neoliberal en crisis

Como se ha señalado en comentarios anteriores sobre la situación internacional, desde hace algo más de un año la economía del mundo está siendo sacudida y perturbada por una honda crisis financiera originada en Japón y los países emergentes de Asia del Este y del Sureste. Por motivos aparentemente superficiales, las bolsas de valores de esos países sufrieron bajas dramáticas y se inició una fuga de capitales incontenibles desde esa región que, por ello, tuvo que reducir sus actividades productoras y comerciales. Con esa disminución súbita de los aportes de Asia del Este a la actividad comercial del mundo, se desaceleró la economía global. Por decrecimiento de la demanda, bajaron los precios de materias primas tales como el petróleo, y ello contribuyó a debilitar la capacidad de consumo y de inversión de ciertos sectores y regiones. Todo ello a su vez influyó negativamente en el ánimo de los financistas y los especuladores. Así comenzó a gestarse uno de los magnos "círculos viciosos" en parte psicológicos y en otra parte derivados de reajustes de oferta y demanda en la economía real.

Después de los sucesos de Asia del Este, se produjo, hace apenas tres meses, el acelerado derrumbe de la economía rusa. Desde el colapso del socialismo autoritario estatista, Rusia había andado por un camino de desaciertos, irresponsabilidad y desastre social. La libertad política individual ganada al caer el régimen comunista, la pagó con creces en términos de miseria material e injusticia social extrema. Por falta de una clase empresarial históricamente formada, la actividad capitalista rusa quedó en manos de usureros y

mafiosos. En lugar de atender las necesidades económicas nacionales, se especulaba financieramente y se exportaban las ganancias. Un presidente enfermo, fatigado y poco organizador trataba de dar alguna especie de rumbo, vagamente liberal, al país. Se siguieron los consejos, teorizantes y alejados de la realidad históricosocial de Rusia, de asesores neoliberales dogmáticos (y muy bien remunerados) como el sueco Asland y el norteamericano Sachs, sin mirar los efectos sociales terribles de la liberación que de hecho equivalía a una anarquización de la producción y el consumo.

Al fin cundió el pánico financiero, que dio otro golpe a la confianza y la estabilidad mundiales. Actualmente, en Rusia, un gobierno dirigido por el inteligente señor Primakov y apoyado parcialmente por el partido comunista (25% de la población votante) se esfuerza por reintroducir elementos de orden y de coordinación de la economía rusa a través de cierto grado de dirigismo estatal: único factor que en ese país, carente de clase empresarial auténtica, pueda tener alguna eficacia.

Las oleadas de la crisis financiera afectaron seriamente a la América Latina, y en el Norte surgieron preocupaciones y alarmas sobre todo con respecto al destino económico del Brasil que, por su inmensidad territorial y demográfica y su relativo dinamismo productivo, constituye una pieza clave en el sistema de los intercambios mundiales.

Entretanto, los pueblos de toda nuestra región sufrieron una agravación de su penuria: el 70% de los latinoamericanos vive en pobreza que sigue profundizándose, aunque por lo general aún no haya alcanzado las características destacadas de la miseria rusa. El sector empresarial

INTERNACIONAL

latinoamericano ha reducido grandemente sus inversiones en la región, y está enviando su dinero al Norte. Latinoamérica en su conjunto ha disminuido sensiblemente sus importaciones y con ello ha creado otro "hueco" en el volumen normal de la demanda de bienes y servicios.

La economía norteamericana ha venido manteniendo hasta ahora su ritmo de prosperidad coyuntural creciente, pero los desastres financieros externos están causando preocupación y hasta alarma. Aunque Estados Unidos realiza entre dos tercios y tres cuartos de sus transacciones económicas dentro de su propio territorio nacional, las perturbaciones exteriores no pueden dejar de afectarlo. La alarma creció cuando se descubrió que el mayor de todos los "hedge funds" (fondo de inversiones a futuro) se encontraba al borde de la quiebra por transacciones especulativas demasiado temerarias. El Estado tuvo que intervenir, a través del Sistema de Reserva Federal (equivalente del Banco Central), para salvar al fondo mencionado. Con ello, la doctrina del liberalismo económico recibe otro golpe.

Por fin, a través de una serie de declaraciones prudentes pero de fuerte impacto, hechas entre el 6 y el 30 de septiembre de 1998, el banquero más poderoso del mundo, Alan Greenspan, presidente de la Reserva Federal, proclamó el mensaje más fundamental de este momento histórico: la inflación (gran satanás de los años 1980-1997) ha dejado de constituir la amenaza principal; ahora es la recesión (o "deflación") que hay que temer; por ello debe cesar la aplicación de una política monetaria altamente restrictiva.

No sólo en el ámbito de la política monetaria, sino también en lo concerniente al papel del Estado en la

economía, el paradigma mundial está cambiando de la estricta adhesión a la doctrina neoliberal de Roepke, Hayek, Von Mises y su discípulo extremista Milton Friedman, a un reaceramiento parcial y prudente a la gran visión estructuralista de John M. Keynes. El Fondo Monetario Internacional ha llegado a ser sometido a severas críticas, incluso de fuentes conservadoras, por haber tratado de aplicar, en forma dogmática y miope, un solo remedio a todas las diversas situaciones económicas en el mundo, sin tomar en cuenta las diferencias sociohistóricas entre los países y las regiones. Exigir que una nación con tradición y experiencia capitalista, y otra que carezca totalmente de esa tradición y experiencia, apliquen con la misma celeridad unas recetas globalizadoras y liberales, muestra una honda insensibilidad política y social. Estadistas europeos -sobre todo de la tolda socialdemócrata, que con la victoria de Schröder en Alemania está asumiendo el liderazgo integral de Europa Occidental- comienza a señalar que: (a) hay que dar prioridad a la lucha contra la recesión más que la inflación; (b) debe aceptarse la noción de una liberalización económica más lenta, y a velocidades variables de país en país; (c) debe crearse algún tipo de órgano o mecanismo que regule a nivel mundial los movimientos de los capitales especulativos; y (d) es imprescindible fortalecer internacionalmente la capacidad de consumo y, por ello, defender el nivel de empleo y los ingresos mínimos.

Presidente humillado, país desprestigiado

De manera general, los latinoamericanos, los europeos y los afroasiáticos (el mundo entero fuera de los Estados Unidos) coinciden en

rechazar la forma en que los enemigos políticos derechistas del presidente Clinton han recurrido -en su empeño de demostrar que "mintió" o que "incitó a otros a mentir" bajo juramento- a los más viles y humillantes interrogatorios sobre un área de la vida privada que no debería interesar a nadie, salvo las dos personas involucradas, sus familiares inmediatos y Dios.

Para demostrar su repudio a la pornoinvestigación, y ratificar su aprecio al presidente William J. Clinton como estadista digno, democrático y progresista, la comunidad internacional representada en la Asamblea General de las Naciones Unidas, le tributó una ovación de pie, unánime y sin precedentes, cuando tomó la palabra ante ese alto foro.

La campaña contra Clinton tiene una motivación indudablemente política derechista. El presidente y su esposa son partidarios de principios generosos en materia de justicia social interna y de liberalidad y solidaridad en las relaciones exteriores con países de menor poderío. Han sido obstáculos a las iniciativas encaminadas a favorecer cada vez más a sectores norteamericanos privilegiados e inclinados a abusar de los más débiles. Por ello, debe deplorarse la ofensiva dirigida hacia su destitución y que además persigue el propósito de desacreditar al Partido Demócrata con vista a las elecciones parlamentarias y regionales de noviembre.

En este último aspecto, el tiro podría salir por la culata para la derecha republicana: el pueblo norteamericano en su mayoría parece seguir apoyando a su presidente, y no es imposible que a la postre los derrotados podrían ser los promotores de la pornocampaña.